

La Luz de la Reina

Reinado
de María 

Lumen Reginae

N.28-AGOSTO 2022

**REZAD, REZAD
MUCHO, Y HACED
SACRIFICIOS POR
LOS PECADORES,**

pues van muchas almas al
infierno, por no tener quien
rece y se sacrifique por ellas”.

(4ta Aparición de Nuestra Señora)

**María es esencial
en tu vida**

ALMA MARIANA

**El cielo ya tiene
un corazón**

AL LECTOR

**El Dogma de la Asunción
de Nuestra Señora**

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 28
Agosto 2022

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Jesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

Soberanía y realeza de María



07

ALMA MARIANA

Santa María es esencial en tu vida



08

VICTORIAS DE MARÍA

Domingo de Guzmán y los demonios que
expulsó con el Rosario de la Virgen



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santo Domingo de Guzmán



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la perseverancia en el bien



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

¿Quién eres, oh María?



16

REINADO DE CRISTO

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...»



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

¡Cuán grande es Él!





EL CIELO YA TIENE *un Corazón*

«**N**os precedió nuestra Reina; nos precedió y tan gloriosamente fue recibida, que confiadamente siguen a su Señora los siervecillos clamando: “Atráenos en pos de ti y correremos todos al olor de tus aromas”. Subió de la tierra al cielo nuestra abogada para que, como Madre del Juez y Madre de misericordia, trate los negocios de nuestra salud devota y eficazmente». (San Bernardo)

Contemplando a Nuestra Señora gloriosa y coronada de gloria en el cielo, se incrementa en nuestro corazón el deseo de morir y estar con María. Hemos sido creados para vivir con una Madre. Y ese deseo se hace realidad en la Asunción de la Virgen. Varios Santos han tenido el

honor y privilegio y misericordia de María de morir en la fiesta de su exaltación:

– 13 de agosto: San Juan Berchmans († 1621).

– 14 de agosto: San Maximiliano María Kolbe († 1941)

– 15 de agosto: San Estanislao de Kostka († 1568); San Tarasio († 257)

Toda la vida esperando el encuentro con la Madre.

Hemos sido creados para descansar en un seno materno, el mismo seno de Dios, y será a través de María. Esa es la consagración. Merece la pena vivir, padecer, sufrir en María y por María, para llegar un día al encuentro eterno con Ella que es el encuentro con Dios. Que los santos acrecienten en nosotros ese deseo que hace bella la vida, que hace digno el vivir y el vivir en la agonía del padecer por la conversión y salvación de los pecadores para llevarlos a esa Madre.

«*La fiesta de la Asunción de la Virgen María constituye para todos nosotros una ocasión propicia para meditar sobre el sentido verdadero y sobre el valor de la existencia humana en la perspectiva de la eternidad. El cielo es nuestra morada definitiva. (...) María fue elevada al cielo en cuerpo y alma: en Dios también hay lugar para el cuerpo. El cielo ya no es para nosotros una esfera muy lejana y desconocida. En el cielo tenemos una madre. Y la Madre de Dios, la Madre del Hijo de Dios, es nuestra madre. En el cielo tenemos una madre. El cielo está abierto; el cielo tiene un Corazón*». (Benedicto XVI)

EL DOGMA DE LA ASUNCIÓN (II). LA GLORIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Soberanía y realeza de María

El dogma de la Asunción nos lleva como de la mano a ocuparnos ahora de la realeza de María, que, asunta en cuerpo y alma al Cielo, es coronada por la Santísima Trinidad como Reina y Señora de los ángeles y de los hombres, Emperatriz de cielos y tierra.

San Alberto Magno, † 1280, asegura que: *«María es Reina del mismo Reino del que Cristo es Rey».*

Y Santo Tomás de Aquino, comentando en el salmo 44 las palabras *«Asistió la Reina enteramente gloriosa con vestidura de oro»*, etc., puede, dice, *«aplicarse todo a la Santísima Virgen, que es Reina y Madre del Rey, y está sobre todos los coros con vestidura dorada, es decir, dorada de divinidad, no porque sea Dios, sino por ser Madre de Dios. El Rey comunica a la Soberana los privilegios de que goza Él mismo».*

Es cierto que toda la realeza del Cielo pertenece al Padre, de quien procede el Hijo y el Espíritu Santo. Pero Jesucristo dijo: *«El Padre y Yo somos una misma cosa»*, luego es Rey del Cielo con el Padre. Y la Sagrada Escritura le llama Rey de reyes y Señor de señores. Rey por derecho natural, pues es Hijo de Dios, y por derecho de conquista por ser Redentor del mundo.

También es cierto que María cooperó con el Padre en la Encarnación, llegando a ser asociada en la producción del Hijo de Dios hecho hombre, de suerte que el Padre Eterno ha querido tener un Hijo común con la Virgen Inmaculada. Jesús es Hijo del Padre y de María.



S.S. Pío XII instituyó la Fiesta de "María Reina" en su encíclica "Ad coeli Reginam". (Oct. de 1954)

Por estas relaciones de orden hipostático (exclusivas de la divinidad), en el que ha sido insertada María, le pertenece la soberanía y la realeza sobre todos los coros angélicos del Cielo y sobre todas las cosas del universo mundo.

En octubre de 1954, Pío XII en su encíclica *«Ad coeli Reginam»*, agradecido y entusiasmado por los favores recibidos para el universo-mundo, dirigió dicha encíclica con motivo de la Institución de la Fiesta de María Reina, y entre otras cosas muy preciosas dice:

«El fundamento principal, documentado por la tradición y la sagrada liturgia, en que se apoya la Realeza de María, es indudablemente la divina maternidad, ya que dice la Escritura que la Virgen concebirá al Hijo del Altísimo, "a quien el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y en la casa de Jacob reinará eternamente, y su reino no tendrá fin"».

Y a María se la llama "Madre del Señor", de donde fácilmente se deduce que Ella también es Reina, pues engendró un Hijo que, en el mismo momento de su concepción, en virtud de la unión hipostática de la humana naturaleza con el Verbo, era Rey, aun como hombre, y Señor de todas las cosas. Así que con razón pudo escribir San Juan Damasceno: "Verdaderamente, María fue Señora



de todas las criaturas cuando fue Madre del Creador».

«Con todo —sigue diciendo Pío XII—, María debe ser llamada Reina y Señora no solo por su maternidad divina, sino también porque por voluntad divina tuvo parte excelentísima en la obra de nuestra eterna salvación, estando en pie junto a la cruz de Jesús. Así como Dios, creando con su poder todas las cosas, es Padre y Señor de todo, así María, reparando con sus méritos todas las cosas, es Madre y Señora de todo. Dios es Señor de todas las cosas porque las ha creado con su imperio, y María es Señora de todas las cosas

porque las ha elevado a su dignidad original con la gracia que Ella mereció».

Reino, trono, corona y cetro

En multitud de pasajes de la Sagrada Escritura se promete a los predestinados, como premio a la fidelidad, el Reino de los cielos, el Trono, la Corona, el Cetro.

San Mateo (25,34) nos dice, con palabras de Jesús: *«Venid, benditos de mi Padre; entrad en posesión del Reino que os está preparado desde el principio del mundo».*

Y San Lucas (12,32): *«No temáis, rebañito mío, porque*

vuestro Padre se ha complacido en daros el Reino». Y en 22,29 añade: *«Yo dispongo del Reino en favor vuestro, como mi Padre ha dispuesto de él en favor mío, para que comáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos como jueces».*

Y también San Marcos (10,14) refiere que Jesús dijo a los apóstoles: *«Dejad que los niños vengan a Mí, porque de los tales es el Reino de Dios».*

Y en el Apocalipsis (2,10): *«Nada temas por lo que tienes que padecer. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida eterna».*

Si esto se promete a la fidelidad de todos los fieles, ¿cómo será el Reino, el Trono, la Corona y el Cetro de la que es y será eternamente Emperatriz de todos los bienaventurados?

Si María es Reina, debe reinar

Contemplemos por un momento a la Virgen modestísima, recogida en su interior, avanzar de la mano de Dios, subir las gradas de su Trono, sentarse en él y allí ser coronada por el Padre, con la corona de Potestad, por el Hijo, con la corona de Sabiduría, y por el Espíritu Santo, con la corona de Amor.

Coronada de Potestad. El Padre Eterno eleva a la Virgen a la altura de su misma omnipotencia. Y María tiene todo poder sobre las criaturas del cielo, de la tierra y de los abismos. ¡Qué consuelo para el alma pensar en que nuestra Madre es una Reina tan poderosa!... ¿Cómo poner en Ella nuestra esperanza si dudábamos de su poder?... Pero no, no dudemos nunca: como Madre quiere..., como Reina puede.

Coronada de Sabiduría. Ella es la Sedes sapientiae. La Sabiduría divina que todo lo sabe, todo lo conoce: lo de ahora, presente, lo pasado y lo futuro, lo actual y lo posible, lo que será y lo que no será... es la que el Verbo divino comunica a la Santísima Virgen. ¡Qué bien entiende ahora la razón de ser de todos los acontecimientos que Ella vivió en la tierra y cómo alaba a Dios al ver la infinita Sabiduría que todo tan magníficamente lo había concebido y dispuesto aunque ésta, muchas veces, no apareciera a los ojos del pobre entendimiento humano!

El Señor le ha infundido todo el conocimiento necesario para ayudar a nuestras almas, Ella sabe las asechanzas astutas del enemigo, la fuerza de sus tentaciones, nuestras miserias y necesidades, nuestras vacilaciones y desalientos y nuestros buenos deseos y rectas intenciones. Si pecamos, ¡qué vergüenza!, pecamos a vista de nuestra Madre, ante cuyos ojos no hay nadie que se oculte. Si obramos bien, es Ella la que lo ve y lo lleva en cuenta para premiarnos.

Ella es Maestra de nuestra fe. Debemos pedirle que aumente nuestra fe. Es nuestra Maestra de oración y de unión y trato con Dios... Es nuestra Maestra en todas las virtudes..., sabe muy bien las dificultades que nos rodean..., a Ella tenemos que acudir. Nadie mejor nos enseñará el plan de combate, nuestra línea de conducta. ¡Qué seguridad da a los soldados el saberse bien conducidos por un jefe experto y valiente! Así debemos confiar en nuestra Madre, Maestra y Capitana.

Coronada de Amor. Constituida Reina del Amor, no hay nadie que ame como María. Juntemos todo el amor de todos los santos y ángeles del Cielo... todo eso es nada, comparado con el Corazón de la Virgen; donde todos acaban, Ella empieza; lo que para los demás es la cumbre, para Ella es cimiento... ¡Qué gusto, qué alegría pensar que hay un Corazón que así ame a Dios!

¿Y qué diremos del amor que nos tiene a nosotros?... Todo lo que signifique ternura y encantos maternos, se encuentra intensificado, casi hasta lo infinito, en María. Como Madre y como Reina

de todos los humanos, siente María una responsabilidad, a la vez que profunda simpatía, hacia todos, y principalmente hacia los más necesitados de sus hijos.

Abogada y refugio de los pecadores

Ella intercede en el Cielo por todos: por los buenos y por los malos, por los que la conocen y por los que la ignoran, por los que la aman y por los que blasfeman su nombre bendito ... Ella es Madre y no puede dejar de serlo; somos nosotros los que, obstinados, podemos dejar de ser hijos suyos. Jamás —escribió San Bernardo— se oyó decir que desamparase a quien la invocó.

En fin, todo el esfuerzo de María es dilatar la soberanía de Cristo en las almas. Dejémosnos llevar por la corriente de su amor hacia nosotros; dejémosla que arrebate nuestros corazones, y nos arranque sacrificios y fervorosas jaculatorias, y ... nos haga llorar los pecados, y nos convierta en apóstoles llevándole almas, muchas almas, las almas de todos los hombres ...

¡MADRE DIVINA,
QUÉ SOLICITUD LA
TUYA POR NUESTRA
SALVACIÓN, QUE NO
CESARÁ HASTA QUE
NOS VEAMOS UN DÍA
CONTIGO EN LA CASA
DEL PADRE CELESTIAL!
MIENTRAS TANTO, NO
EXISTE SUFRIMIENTO
HUMANO CUYO
ECO NO REPERCUTA
EN TU CORAZÓN
INMACULADO.



*"Don't ever forget
to love"*

Saint Maximilian Kolbe

Santa María es esencial en tu vida

El 14 de agosto la Iglesia celebra a San Maximiliano María Kolbe, un santo polaco que se distinguió por su gran devoción a la Inmaculada y su caridad fraterna. En su predicación, el P. Molina hablaba con frecuencia del acto de consagración que este santo hizo a la Señora para que se sirviera de él como «cosa y propiedad suya». Decía:

«La cima donde el Dios infinito hace la donación total de sí mismo al hombre es Santa María, "La Inmaculada" de San Maximiliano Kolbe. En la cima inmaculada de Santa María, la Pureza Infinita de Dios agarra a la humanidad pecadora para unirla a sí. Este es el "espíritu" de San Maximiliano Kolbe: Ir a la unión con Dios mediante la unión con la Inmaculada.

San Maximiliano Kolbe vivió en la Inmaculada el corazón de nuestra vocación de seguidores de Cristo: el don de sí sin límite en favor de sus hermanos hasta dar la vida por ellos. Ese fue siempre el tenor de su vida: ser todo para todos sin jamás pensar en él, sin jamás desfallecer. Se llamaba el "Caballero de la Inmaculada". Fundó la "Ciudad de la Inmaculada" y la "Milicia de la Inmaculada". Su celo por la causa de Santa María era tan magnánimo y desbordante,

tan sin límite que lo llamaban "el loco de Nuestra Señora". Se consagró a Ella de manera absoluta.

El pecado sume al mundo en desgracia universal, en inmensa devastación, en rompimiento con Dios. El odio de Satanás está en el origen de esta ruptura del mundo. Santa María es la restauración del hombre hecho por Dios. Santa María es esa mujer en la que el hombre queda restituido a su santidad primitiva, a la perfección con la que salió de las manos de Dios.

Santa María es esencial en tu vida. Consagrarte a ella, como hizo San Maximiliano, es fundamental. Debemos ser de Santa María bajo todos los aspectos, de la manera más pura y perfecta, hasta llegar a ser como parte esencial de Ella, propiedad de Ella.

El Papa Pío XII dice que "la consagración a la Virgen Ma-

ría es y consiste en el don total de sí a la Virgen María para toda la vida y por toda la eternidad"; no es formulismo, no es puro sentimiento, sino que es un don efectivo, "fruto de un querer auténtico". El fondo, la esencia de la consagración a Santa María está en entregarse plena y totalmente a Santa María como un bien de Ella, como propiedad de Ella incondicional para que Ella haga en mí según su voluntad, en mi alma y mi cuerpo, en mi vida y en mi muerte, en mi eternidad.

Decía San Maximiliano que debemos dejarnos invadir de tal modo por la presencia de Santa María que vengamos a "llegar a ser Ella misma", en cierta manera».





*Domingo de Guzmán
y los demonios que
expulsó con el
Santo Rosario*

Cuenta San Luis María Grignon de Montfort, en su libro «El Secreto Admirable del Santísimo Rosario», que en una ocasión estaba Santo Domingo de Guzmán predicando el Rosario y le llevaron un hereje albigense poseso por demonios, a quien exorcizó en presencia de una gran muchedumbre.

El santo hizo a los demonios varias preguntas y ellos, por obligación, dijeron que con el Santo Rosario que predicaba, llevaba el terror y el espanto a todo el infierno, y que él era el hombre que más odiaban en el mundo a causa de las almas que les quitaba con esta devoción.

Santo Domingo arrojó su Santo Rosario al cuello del poseso y preguntó a cuál de los santos del cielo temían más y cuál debía ser más amado y honrado por los hombres.

Los diablos evitaban responder y con gritos estentóreos lloraban, se lamentaban y pedían por boca del poseso que tuviera piedad de ellos. El santo les ordenó que hablaran alto, pero los diablos no quisieron decir palabra alguna.



Entonces el P. Domingo, puesto de rodillas, hizo la siguiente oración: «Oh excelentísima Virgen María, por la virtud de tu Rosario, ordena a estos enemigos del género humano que contesten mi pregunta, te ruego, para la salud de los fieles aquí presentes, que obligues a estos tus enemigos a que abiertamente confiesen aquí la verdad completa y sincera».

Los demonios comenzaron a gritar: «¡Oh enemiga nuestra! ¡Oh ruina y confusión nuestra! ¿Por qué viniste del cielo a atormentarnos en forma tan cruel? ¿Será preciso que por ti, ¡oh abogada de los pecadores, a quienes sacas del infierno; oh camino seguro del cielo!, seamos obligados –a pesar nuestro– a confesar delante de todos lo que es causa de nuestra confusión y ruina? ¡Ay de nosotros! ¡Maldición a nuestros príncipes de las tinieblas!

¡Oíd, pues, cristianos! Esta Madre de Cristo es omnipotente y puede impedir que sus siervos caigan en el in-

fierno. Ella, como un sol, disipa las tinieblas de nuestras astutas maquinaciones. Descubre nuestras intrigas, rompe nuestras redes y reduce a la inutilidad todas nuestras tentaciones. Nos vemos obligados a confesar que ninguno que persevera en su servicio se condena con nosotros.

Un solo suspiro que ella presente a la Santísima Trinidad vale más que todas las oraciones, votos y deseos de todos los santos. La tememos más que a todos los bienaventurados juntos y nada podemos contra sus fieles servidores».

De igual manera, los malignos confesaron que muchos cristianos, que la invocan al morir y que deberían condenarse, se salvan gracias a su intercesión. «¡Ah! Si esta Marieta –así la llamaban en su furia– no se hubiera opuesto a nuestros designios y esfuerzos, ¡hace tiempo habríamos derribado y destruido a la Iglesia y precipitado en el error y la infidelidad a todas sus jerarquías!»

Luego añadieron que «nadie que persevera en el rezo del Rosario se condenará. Porque Ella –la Virgen María– obtiene para sus fieles devotos la verdadera contrición de los pecados, para que los confiesen y alcancen el perdón e indulgencia de ellos».

Es así que Santo Domingo hizo rezar el Rosario a todo el pueblo muy lenta y devotamente, y en cada Avemaría que rezaban, salían del cuerpo del poseso una gran multitud de demonios en forma de carbones encendidos.

Cuando todos los enemigos salieron y el hereje quedó libre, la Virgen María, de manera invisible, dio su bendición a todo el pueblo, que experimentó gran alegría.

«Este milagro fue causa de la conversión de gran número de herejes, que incluso se inscribieron en la Cofradía del Santo Rosario», concluyó San Luis María Grignon de Montfort.



Santo Domingo de Guzmán

Las llamadas del Señor a recristianizar el mundo son urgentes e inaplazables. En la gran Cruzada para reconquistar el reino de Cristo, aparentemente perdido, Santo Domingo encuentra una gran Aliada: la Virgen María, «Mediadora de todas las gracias, que convierten y santifican las almas»; y un arma poderosísima: el Santo Rosario.

Tres hechos principales destacan en la vida de Santo Domingo: Primero, el ser miembro de una familia de santos; segundo, el haber sido fundador de la Orden de Predicadores; tercero, el haber sido escogido por la Virgen María para enseñar y propagar la devoción del Santo Rosario.

Se cuenta que su madre, Doña Juana de Aza, cuando estaba por dar a luz tuvo un extraño sueño por el que comprendió que el niño que iba a nacer llegaría a tal santidad que con su virtud y ejemplo guardaría a la Iglesia de Dios, como el mastín guarda la vivienda, e iluminaría como viva antorcha al mundo entero.

Domingo nació en Caleruega, población de Burgos (España), en el año 1170. A los 25 fue ordenado sacerdote. En un viaje que hizo por el sur de Francia, acompañando a su Obispo, se dio cuenta de que los herejes habían invadido regiones enteras y estaban haciendo estragos en las almas. Entonces comprendió que allí estaba su misión. Reunió un grupo de compañeros y con una vida de total pobreza, viviendo de limosna y con una santidad de conducta impresionante, empezaron a evangelizar. Sus armas para convertir eran la oración, la paciencia, la

penitencia, y muchas horas dedicadas a instruir a los ignorantes en religión. En 1216, Domingo fundó la Orden de Predicadores (conocidos más tarde como Dominicos).

Un día, mientras se encontraba orando en una capilla dedicada a la Santísima Virgen, el Santo suplicó a Nuestra Señora que lo ayudara, pues sentía que no estaba logrando casi ningún fruto. El desánimo parecía a punto de invadir su corazón. Entonces la Virgen se le apareció. Sostenía un rosario en su mano y enseñó a Santo Domingo a recitarlo y le pidió que él también lo hiciera con todo el que pudiese. Dijo que lo predicara por todo el mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias.

Domingo salió de allí lleno de celo, con el rosario en la mano. Lo predicó con gran éxito y muchos herejes albigenses volvieron a la fe católica. Desde entonces se convirtió así en el más grande propagador del Santo Rosario, que es la oración por excelencia a Nuestra Madre del cielo.

En una ocasión en que se encontraba predicando el Rosario, le llevaron un hereje poseso por demonios, a quien exorcizó

en presencia de una gran muchedumbre. Durante el exorcismo, los demonios le dijeron que con el Rosario que predicaba llevaba el terror y el espanto a todo el infierno y que él era el hombre que más odiaban en el mundo a causa de las almas que les quitaba con esta devoción.

Domingo preguntó a los demonios a cuál de los santos del cielo temían más y cuál debía ser más amado por los hombres. Ellos contestaron:

«¡Oíd, cristianos! Esta Madre de Cristo es omnipotente y puede impedir que sus siervos caigan en el infierno. Ella, como un sol, disipa las tinieblas de nuestras astutas maquinaciones. Ninguno que persevere en su servicio se condena con nosotros. La tememos más que a todos los bienaventurados juntos y nada podemos contra sus fieles servidores. Nadie que persevere en el rezo del Santo Rosario se condenará».

Agotado de trabajos, Domingo murió santamente el 6 de agosto de 1221. Tenía 50 años. Fue canonizado el 13 de julio de 1234 por Gregorio IX, quien dijo de él: «de la santidad de este hombre estoy tan seguro, como de la santidad de San Pedro y San Pablo». Su fiesta se celebra cada 8 de agosto.

LLAMADA A LA *Perseverancia*

EN EL BIEN

«**E**l que persevere hasta el fin se salvará». Estas palabras del Señor enlazan perfectamente con la llamada que hace Nuestra Señora en Fátima el 13 de septiembre de 1917: «*Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra*». Es la recomendación del mensaje que nos anima a perseverar en el rezo del Santo Rosario, una oración que está al alcance de todos y por medio de la cual podemos alcanzar muchas gracias y bendiciones.

Continuamos profundizando en el mensaje de la Virgen a través de los escritos de la Hermana Lucía:

«La oración es la base de toda vida espiritual: si abandonamos la oración, nuestra vida espiritual decae. Pero es indispensable no solo comenzar la oración y la petición, sino perseverar en ella. En el tiempo de las apariciones, la Virgen se refería a la guerra que entonces asolaba Europa, sin embargo, los seres humanos continuamente tenemos que librar una dura batalla contra esos tres enemigos que en todo momento nos están incitando al mal: el demonio, el mundo y la carne.»

Demonio. Muchas personas, incluso dentro de la Iglesia, niegan hoy en día la existencia del demonio. Sin embargo, es una realidad y Jesús habló de él en diversas partes del evangelio. Los demonios son ángeles creados por Dios que se rebelaron contra él y fueron arrojados al in-

fierno. Desde entonces buscan apartar a las almas del camino del bien para llevarlas a la condenación eterna.

Una poderosa arma contra el demonio es la oración. El Santo Rosario es también un medio muy eficaz de librarnos de las influencias del maligno y de toda perturbación. Una vez los demonios dijeron a Santo Domingo de Guzmán durante un exorcismo que con el Rosario que predicaba, llevaba el terror y el espanto a todo el infierno, y que él era el hombre que más odiaban en el mundo a causa de las almas que les quitaba con esta devoción.

San Pedro, en una de sus cartas, nos alerta: «Sed sobrios y vigilad, pues vuestro adversario el Diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar». (1 P 5, 8). Y lo que busca es arrastrarnos por el camino del pecado a fin de hacernos esclavos en el tiempo y en la eternidad, pues Jesús nos

enseña que «Todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado» (Jn 8, 34).

Mundo. Otro enemigo que nos rodea y nos seduce y oscurece nuestra mente es el mundo, con todos sus atractivos. Muchas veces nos dejamos engañar por las voces del mundo que nos invitan a disfrutar al margen de Dios.

El mundo nos habla de vanidades, riquezas, honras, modas, etc. Seducidos por estas voces, buscamos muchas veces las honras, el aplauso, el brillo de las riquezas, ser estimados y honrados, conseguir los primeros puestos. Todos estos placeres nos ciegan y desvían nuestra mente y nuestro corazón de los bienes eternos.

La oración nos dará fuerza para no dejarnos arrastrar por la corriente y las máximas del mundo y nos dará luz para conocer la mentira y no dejarnos engañar y seducir por ella.

Carne. Pero aparte de estos enemigos que tenemos fuera, hay otro que llevamos siempre con nosotros, es nuestra propia carne con todas sus malas tendencias y pasiones desordenadas.

Para vencerlas, es preciso continuar rezando y luchando, porque sólo así conseguiremos perseverar en el bien. Jesús mismo nos dice: «Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!» (Mt 7, 13).

Nuestro propio orgullo muchas veces nos engaña y no nos deja ver el bien que despreciamos y el mal que hacemos. Eso pasa porque la tentación la llevamos dentro de nosotros y es lo que se conoce como “concupiscencia”, que es esa inclinación que tenemos al pecado, que nos inclina a desear lo que no nos conviene.

Para reconocer y vencer estas tentaciones, es necesario, como nos dice el mensaje de la Virgen, continuar rezando, para que Dios nos dé luz, fuerza y gracia.

El Señor también nos previene contra los falsos pastores, disfrazados con piel de oveja que buscan apartarnos de la verdad. Son todos aquellos que nos rodean, queriendo inducirnos a andar por caminos anchos, dando libertad a nuestras malas tendencias, caprichos, vicios y pasiones,

que están en contradicción con la ley de Dios: las malas compañías, los falsos profetas que niegan las verdades reveladas por Dios, queriendo introducir nuevas doctrinas erróneas. El Señor nos da la clave para identificarlos: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 16). Y nos advierte que «Todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego» (Mt 7, 19).

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convier-

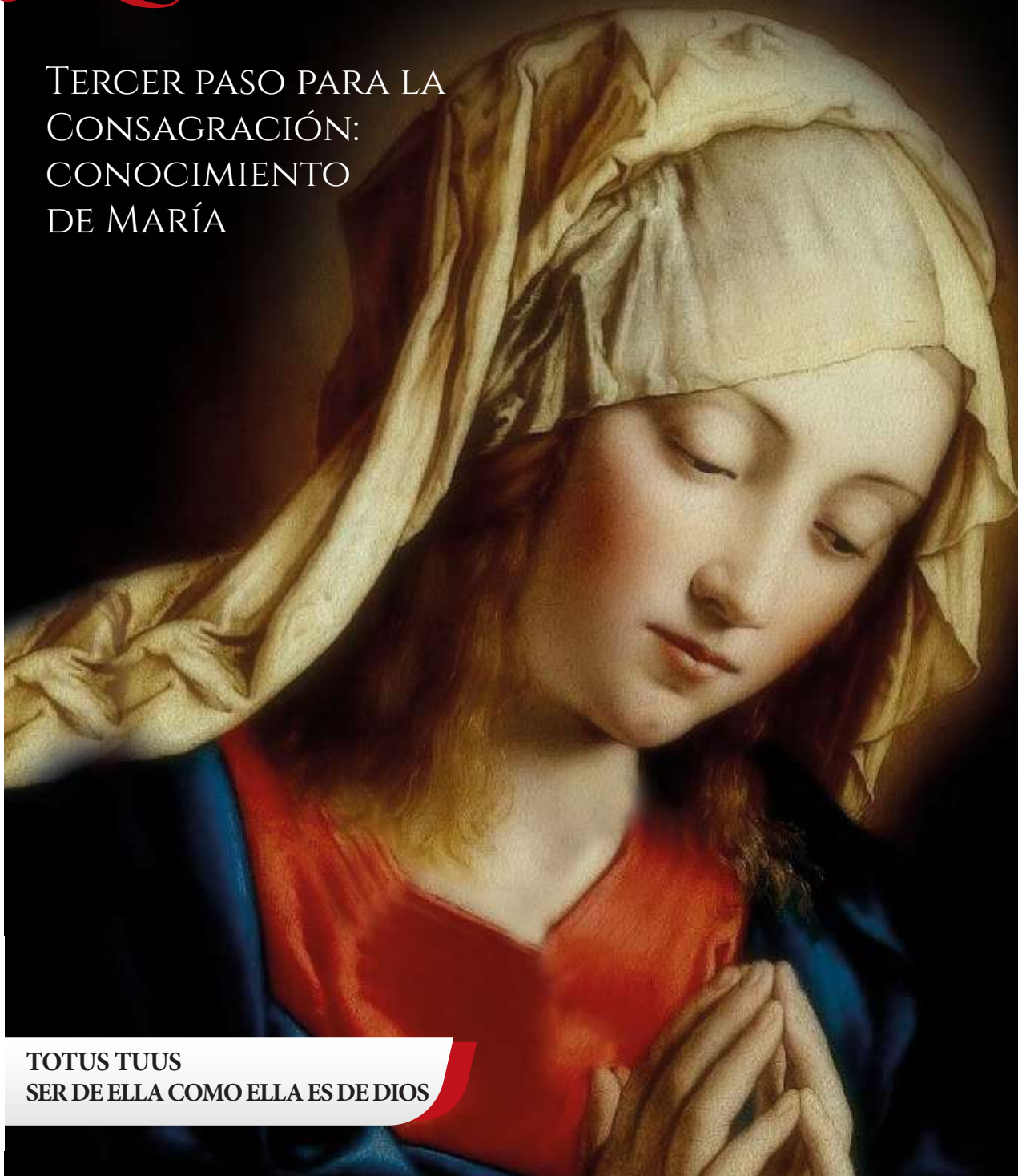
ta y viva (Cf. Ez 18, 23). Pero la condición que el Señor nos pone para alcanzar esa salvación es «la conversión».

Y esta conversión tanto personal como comunitaria, no podemos alcanzarla sin ayuda de la oración: «Continuad rezando para alcanzar la paz».

Esa paz que es fruto de la victoria conseguida sobre las tentaciones que nos arrastran por caminos opuestos a la ley de Dios».

¿Quién eres, oh María?

TERCER PASO PARA LA
CONSAGRACIÓN:
CONOCIMIENTO
DE MARÍA



TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

San Maximiano Kolbe, en su apostolado y vida personal, tenía un solo polo o idea: la Inmaculada, vivir la Consagración a Ella. Inculcaba a todos el conocimiento y amor de María. Entre sus escritos tiene una preciosa oración: ¿Quién eres, oh Inmaculada? Si queremos consagrarnos a Ella, obviamente tenemos que conocerla. Para eso es la tercera parte de nuestra preparación. No es solo un conocimiento superficial, teórico, sino práctico, cercano, como un hijo conoce y venera a su madre.

Conocimiento de María

San Luis María Grignion dedica varias obras y toda su vida a dar a conocer y amar a Jesús y María. Dice en una de ellas: “Durante la segunda semana se dedicarán en todas sus oraciones y obras del día a conocer a la Santísima Virgen, pidiendo este conocimiento al Espíritu Santo. Podrán leer y meditar lo que al respecto hemos dicho (VD 16-36; 83-89.)” (cfr. Tratado de la Verdadera Devoción, 229).

“[...] la excelsa María ha permanecido hasta ahora desconocida... ésta es una de las razones de que Jesucristo no sea todavía conocido como debe serlo. De suerte que, si el conocimiento y reinado de Jesucristo han de dilatarse en el mundo –como ciertamente sucederá-, esto acontecerá como consecuencia necesaria del conocimiento y reinado de la Sacratísima Virgen, quien lo trajo al mundo la primera vez y lo hará resplandecer la segunda”. (VD 13)

Como en las otras fases, alternaremos la lectura con la oración vocal y mental. Habrá que leer y meditar, en cada día de esta etapa, pasajes adecuados de la Sagrada Escritura, libros de espiritualidad y vidas de santos*. Para la primera etapa se suelen señalar los siguientes. Sin embargo, se puede añadir alguno que les atraiga más: Nuevo Testamento: Evangelio (Lc 2, 16-21, 42-52); Secreto de María, Nros. 23-24; Tratado de la Verdadera devoción, Nros. 12-38, 105-110, 120-121, 152-164, 213-225.

Después del punto de meditación, conviene rezar con esta intención, como en la primera semana, las letanías del Espíritu Santo para pedir su asistencia, el himno Salve, Estrella del mar y, además, el Santo Rosario o una cuarta parte de él.

Los mejores maestros: los santos

Es imposible resumir aquí lo que es Santa María. Dejamos que cada persona profundice en este conocimiento, sobre todo guiada por los santos, inspirados por el Espíritu Santo. Destacan: San Bernardo (‘De Santa María, nunca bastante’), San Luis María Grignion, San Juan Eudes, San Alfonso M^a de Ligorio, San Antonio M^a Claret, San Maximiliano M^a Kolbe... Se recomiendan los textos de la liturgia católica, oraciones, como el famoso Akathistos, que encierra una letanía poética de alabanzas a María Inmaculada.

Aparte de santos canonizados, hay teólogos llenos de unción y piedad, que han escrito páginas verdaderamente bellas sobre Santa María: Garrigou-Lagrange, Terrien, Rodríguez Villar, Pozo, Royo Marín, sin contar el Magisterio vivo de los Papas. La Constitución Lumen Gentium del Concilio Vaticano II (Capítulo 8º) da una magnífica síntesis de mariología. Extractamos unas ideas:

“Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que

somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”. (LG 67)

¡Haz que te conozca, oh Señora!

San Maximiliano dirige esta plegaria encendida de amor. Presentamos un extracto:

“¿Quién eres, oh Señora? ¿Quién eres, oh Inmaculada [...]? Concédeme que te alabe, oh Virgen Santísima. Concédeme que te alabe con mi empeño y sacrificio personal. Concédeme que viva, trabaje, sufra, me consuma y muera por ti, solamente por ti. Concédeme que te atraiga al mundo entero. Concédeme que contribuya a una siempre mayor exaltación de ti, a la más grande exaltación posible de ti. Concédeme que te rinda una tal gloria como hasta ahora nadie te la tributó.

Concede a los demás que me superen en el celo por tu exaltación y a mí que los supere. Así en esta noble emulación tu gloria se acrecentará siempre más profundamente, siempre más rápidamente, siempre más intensamente, como lo desea Aquel que te ensalzó de modo tan inefable por encima de todos los seres.

En ti sola Dios fue adorado, sin comparación, más que en todos tus santos. Para ti Dios creó el mundo. Para ti Dios me llamó también a mí a la existencia. ¿Por cuál motivo merecí esta fortuna?”. (SK 1305)

* Puedes encontrar los libros mencionados en <https://www.testimonio.net/>

«YO SOY EL CAMINO Y LA VERDAD Y LA VIDA»

En este mes de agosto celebramos la glorificación de nuestra Señora. En la solemnidad de la Asunción alabamos a María, porque es feliz para siempre. Porque ha triunfado. Ya ha llegado a la meta y, unida a Dios, vive con Dios y en Dios. Todo su afán de Madre solícita es mostrarnos el camino que nos conduce al cielo, hasta donde Ella ya está.

Y por eso todo su anhelo y aspiración es mostrarnos a Jesús, su Hijo, que en la víspera de su Pasión, al despedirse de sus discípulos, dijo: *«Voy a prepararos una morada en la gran casa del Padre. Porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas»*. (cf. Jn 14, 2)

La triste experiencia de cada día nos permite constatar que ¡cuántos en esta vida no saben a dónde van, y menos el camino!

La respuesta de Jesús es definitiva, programática: *«Yo soy el Camino: la Verdad y la Vida»* (Jn 14, 6). YO, «Verdad y Vida», SOY EL CAMINO.

El camino de que habla Jesús no es una línea trazada en el campo que debemos recorrer. Es su misma Persona. Es dejar que Él viva, piense, sienta y actúe en nuestro «caminar», que es nuestro vivir.

Es sintonizar nuestra vida con Jesús. Pensar, sentir y obrar a su

ritmo. Seguirlo. Jesús-Camino es la VERDAD que se nos da en el Evangelio, la VIDA que arde en nosotros por la Eucaristía.

Él es la norma, seguridad y condición para que nuestra vida llegue a su término. Con Él, de su mano, no nos perdemos. Y el término es el Dios verdadero, que Cristo nos manifestó como nuestro Padre.

Caminar con Jesús y permanecer siempre juntos. Es la idea cumbre de la espiritualidad del Evangelio: seguir a Cristo; trabajar, padecer y gozar, morir y vivir en Cristo. Estar con Cristo es el cielo en la tierra.

Jesús, Dios hecho hombre en el seno de María, exhibiendo en su persona y en su vida el modelo de toda perfección, se presentó a los hombres y nos dijo: *«Yo soy el camino»*. Las huellas que dejan mis pasos son la senda recta de la salvación y perfección. Yo soy el guía experto que dirigirá tus pasos.

Pero ¡cuántas veces! estas palabras tan luminosas de Jesús no nos bastan. Y como el apóstol Felipe (cf. Jn 14, 8-9), suplicamos, como tantos ingenuos, una experiencia tangible del Padre Dios. No concebimos una experiencia religiosa que no sea sensible, espectacular. Queremos ver, queremos tocar, queremos sentir.

Y hay que recordar —la Virgen nos lo enseña—, que en este mundo basta Cristo. Que en la humanidad glorificada de Cristo (el que tenemos en el Evangelio, en la Eucaristía) DIOS se nos hace transparente, cercano, de casa. Que a Jesús hay que mirarlo y «conocerlo» con ojos de Fe.

La palabra de Dios no necesita ser demostrada para ser creída porque ella misma es la inteligibilidad, es la luz infalible. Mediante la fe acepto como cierto, con certeza infalible, el contenido de la Palabra de Dios porque la Palabra de Dios es luz manifestativa divina de lo divino y por ello da ya certeza absoluta-infalible a todo lo que esa Palabra encierra y contiene. De tal modo que, aunque no entienda-vea la inteligibilidad de lo contenido en la palabra de Dios, el mero hecho de serme dado en la Palabra de Dios, lo hace cierto con certeza metafísica absoluta.

En la Sagrada Escritura, se entiende por FE una fe complexiva, englobante, esto es, una fe que es una respuesta humana a Dios mediante la que el hombre se abre a Dios, lo acoge, se le somete (= adoración), lo obedece, todo en orden a una configuración según la manera de ser de Dios como se manifiesta en Jesús, el Verbo Encarnado, para hechos uno con Cristo (= cuerpo místico de Cristo) pasar en Cristo a la unión con la Divinidad sponsalicia-transformante.

Esta fe complexiva, que expresa el comportamiento recto del hombre y lo engloba, si es auténtica, lleva en sí un conocimiento experimental de Dios tan recto y perfecto que pone al hombre en la exigencia fundamental de abandonarlo todo para arrojarse en los brazos de Dios con confianza filial absoluta, alegre, irreversible.

¡Alegría! En Jesús, Dios sale de su silencio.

La fe en Jesús es el gran y único medio para recibir la vida de Dios.

Jesús me revela su Filiación para darme filiación, darme el ser hecho hijo de Dios, por adopción, como Él lo es por naturaleza.

Se ha acabado la incognoscibilidad de Dios, el silencio de Dios.

Obedezcamos a María y dirijámonos a Jesús.

Solo Él es el camino que conduce a la felicidad eterna, la verdad que satisface los deseos más profundos de todo corazón, y la vida que trae siempre nuevo gozo y esperanza, para nosotros y para todo el mundo.





¡Cuán grande es Él!

Grande es Dios; en realidad solo Dios es grande. Todo, en comparación con Él, es nada y menos que nada. ¿Qué puede —debe— hacer el hombre? Cantar esa grandeza de Dios.

Cada hombre, todos los hombres, deberíamos de continuo entrar en el interior y decir: «*Alma mía, engrandece al Señor*».

La Virgen del Magnificat es el arquetipo de la Iglesia, que tiene por misión y pedagogía «engrandecer» a Dios en el universal auditorio de un mundo tentado de empequeñecerlo (y, en consecuencia, de sustituirlo).

Para la Virgen, Dios era, sobre todo, el Amado. Ningún Corazón sobre la tierra había latido con latidos tan intensos de amor.

Es claro que toda la Escritura magnifica a Dios, el Señor de todo. La Virgen, alma empapada en la meditación de la Escritura, se hace portavoz de esa magnificencia, cantando las alabanzas de su Señor. «*Los cielos y la tierra —dice el salmista— cantan la gloria de Dios*». Nadie, sin embargo, como la Virgen. Ni en la tierra ni en el cielo. Ni las voces humanas, ni las voces angélicas cantan a Dios como Ella. La Virgen canta con la voz, con las obras, con el corazón, con la vida.

«*¡Mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador!*». (Lc 1,46)

Nadie es magnífico como Dios y nadie magnifica a Dios como María.

Todo converge, en la pedagogía bíblica, a fomentar el sentido de la inmensa gran-

deza de Dios: las maravillas del cielo y de la tierra, la trama de los acontecimientos históricos, la elección y destino del pueblo y de su santa ciudad. Grandes son las obras del Señor, su poder, su gracia, su gloria. Grande es su Nombre.

El que alaba a Dios se abre en mente, vida y palabra al misterio de una infinita Realidad, que lo atrae y asimila. Liberado de mirarse a sí, admira a Dios: Adora, contempla.

La alabanza a Dios lleva en sí misma la alegría religiosa, como la llama el calor. La alegría bíblica no se cansa de reconocer que su fuente está en Dios:

«*Y mi alma exultará en el Señor, / se alegrará en su salvación*» (Sal 35, 9). «*Y yo gozaré en el Señor, exultaré en Dios mi Salvador*» (Hab

3,18). «*Con alegría me alegro en el Señor; exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de salvación...*» (Is 61, 10).

La Virgen nos enseña a alabar a Dios. Alabar a Dios es aplaudirlo por su calidad infinita, por la irradiación esplendorosa de la excelencia de su bondad sin límites; es aprobarlo, distinguirlo, elogiarlo. Alabar es expresar la admiración, atracción, deseo que suscita en nosotros la belleza sin horizonte de Dios. Alabar es estallar en gritos de júbilo ante el Dios encontrado.

Esta rendida admiración, llena de docilidad y sometimiento a su Voluntad, nunca será suficiente, porque su Gloria es y será siempre mayor. Y tanto mayor cuanto la excelencia infinita de Dios excede al elogio finito del hombre.

Por eso a medida que nos vamos acercando más a Dios, Dios pone en nuestras almas un fuerte impulso de alabarle y de mantenernos en una alabanza continua. Mediante la alabanza reconocemos a Dios en la totalidad de su ser divino, lo afirmamos.

Al alabar a Dios no solo la inteligencia es la que alaba el peso de su Hermosura, no solo la voluntad es la que ama el peso de su Bondad, sino que es todo el hombre el que canta, el que expira e inspira, el que respira alegría ante la presencia de Dios que le llama, le invita a la unión con Él.

«*Viva mi alma para alabarte*» (Sal 119, 175). «*Su ala-*

banza estará siempre en mi boca» (Sal 34, 2). «*¡Todo lo que respire alabe al Señor!*» Alleluia (Sal 150).

¿Cuál debe ser nuestro ejercicio, nuestra obra? Alabar a Dios. ¡Que todo lo que hago y lo que sufro me valga para alabar a Dios! ¡Que la paz y la guerra, la salud y la enfermedad queden en mí convertidas en alabanza de Dios!

Alabar a Dios es descubrir el sentido del mundo, darle forma, formularlo. Alabar a Dios es afirmarlo, decirle SÍ.

Mi vida debe ser un existir, simple expresión de la alabanza de Dios: «*con nuestra alabanza ensalza al Señor cuanto podáis que siempre está más alto*» (Ecco 43, 30).

Ante la excelencia irradiante de la verdad, bondad y belleza sin horizonte de Dios para conmigo, el romper en rendida admiración, jubilosa alabanza y apasionado deseo de Dios es la obligación una, sin mezcla que debe envolver toda otra obligación.

Poner fin a la alabanza es poner fin a la vida, silenciar la alabanza de Dios es silenciar la vida.

Convirtámonos y ayudemos a convertir al mundo en un concierto de armonías y melodías en honor a Dios, para Dios.

El libro de los Hechos de los Apóstoles recuerda cómo los paganos, al recibir el bautismo, lo que hacían era precisamente eso: «*engrandecían al Señor*» (Hch 10,46; 19, 17) Y san Pablo afirma lo mismo: «*Sea en mi vida,*



sea en mi muerte, Cristo será engrandecido por mí» (Flp 1,20). ¿Es que puede el hombre hacer algo mejor que eso? Bendecir a Dios, glorificar a Dios.

La verdadera Sabiduría, que viene de Dios, tiene en la vida del creyente unas concretas manifestaciones que conviene reseñar: - conduce al hombre a la vivencia de la castidad, llena su alma de paz; - colma su corazón de misericordia y piedad; - y, por ende, produce la alabanza de Dios y el trato fraternal con los demás.

ALABAR ES ESTALLAR EN GRITOS DE JÚBILO ANTE EL DIOS EN- CONTRADO

“Todo lo mío debe ser para los demás”.

(M. M^o Teresa De Simone)



1 Apostolado del Reinado de María en Hospital Sotero del Río (Chile), 2 Celebración de Nuestra Señora del Carmen en el Didascalio Nuestra Señora del Encuentro con Dios en Lima (Perú), 3 Primeras Comuniones y Charlas de Espiritualidad en Central Tacarigua (Venezuela), 4 Jornada mariana y de espiritualidad en Petare (Venezuela), 5-6 Miembros del grupo de el Reinado de María han realizado una Misión de Evangelización con los indios Tobas en la región de El Chaco (Argentina), 7 Festival de Arte Mariano promovido por el Reinado de María en Cusco (Perú), 8-9 Misión de Evangelización y de Atención Socioasistencial en una villa de Santo Domingo (República Dominicana), 10-12 Actividades recreativas y de atención social con los niños del pueblo de Chinhaipugio (Perú) para celebrar a Nuestra Señora del Carmen, 13-14 Jornada de Evangelización y Atención Social en el barrio periférico de Maca (Petare - Venezuela).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

